

# RICAUURTE Y LA JUVENTUD HEROICA



Por GERMAN ARCINIEGAS

Los años de 1813 y 1814 son los de esa nuestra juventud heroica. Adolescentes de Santa Fe de Bogotá y de Caracas se lanzaron a la guerra en un apasionado acto de fe. Fe en la Independencia, en la libertad de América. La gesta emancipadora tomó entonces el tono de una aventura maravillosa. El Bolívar de los treinta años, iba a partir de Cúcuta, teniendo como adalides, mozos que apenas pasaban de los veinte años. Santander y Girardot de 22, Hermógenes Maza de 21, Ricaurte, el más maduro, de 27. Quien llegaba a Cúcuta con la tropa sacada casi de los colegios de Bogotá, era un tío político de Bolívar, José Félix Ribas, quien combinó estas dos operaciones de la juventud, la primera en Bogotá en 1813, la segunda en Caracas en 1814.

Entonces crecía el mapa de las ambiciones republicanas en forma desorbitada y fabulosa. Diminutas ciudades solitarias columbraban las distancias inconmensurables que imponía la lucha libertadora. De la helada, altísima y verde sabana de Bogotá, la de los diez campanarios blancos y los enormes conventos, iban a salir las tropas de Nariño a la guerra de Pasto, que era como avanzar hacia el Perú, y Ribas con ciento cincuenta muchachos, para asistir a Bolívar en la reconquista de Caracas. Lo que esto significa no es fácil verlo en los mapas de hoy. Entonces todo se recorría a paso de mulas por caminos de piedra. Donde hoy hay comarcas civiles, eran soledades, montes bravos, arcabucos azarosos.

Lo de Santa Fe de Bogotá, comenzó en el mes del nombre más bello y mu-

sical: abril. Por el camellón de las Nieves salió la tropa. Hasta ese momento, quienes iban en la formación —ciento cincuenta— solo se reconocían por los nombres de sus padres. Como se oye llamar a los estudiantes en la lista de un colegio. Nadie imaginaba que Luciano D'Elhúyar, José María Ortega, Francisco de Paula Vélez, Hermógenes Maza, Antonio, José María, Manuel y París Lamprea, José María y Pedro Alcántara, Mantilla, José Tejada, Tomás Planes, Serrano, Salgar, Tomás Gutiérrez, habrían de pasar a la historia y sonar un siglo más tarde.

Alberto Miramón dice: "No eran más que ciento veinticinco soldados, y solamente tenían un pequeño armamento; pero llevaban en cambio un cuadro de oficiales que se hizo célebre en los fastos de la revolución, jóvenes de dieciseis a veinticuatro años, adolescentes mimados hasta la víspera por los favores de la cuna, estudiantes endiablados, calaveras, manirrotos, alegres, bailarines y tenorios, "mas, mozos que tenían en la sangre y en la educación la acción del orgullo de la naciente carrera marcial; voluntarios hasta entonces, suplían la disciplina con la acción y el arrojo; eran la ofensiva impetuosa o la resistencia heroica, eran la flor y nata de los linajes granadinos... "De los ciento cincuenta que partieron, solo siete quedaron vivos después de la campaña, y todos siete fueron generales de Colombia la grande...".

Ya desde entonces lo venezolano y lo granadino formaban el ingrediente común de la revolución. José Félix Ribas,

en la ciudad puesta bajo el gobierno de Antonio Nariño, no solo encontraba reinosos sino venezolanos. Un hijo de Maracaibo, Rafael Urdaneta, había ido a trabajar allá en el ramo de hacienda, y fue de los primeros en incorporarse a la guerra: comenzó en 1810 con el grado de Teniente de Batallón de Patriotas de Cundinamarca.

El primer alto en la marcha de Santa Fe a Caracas, sería Tunja. Allí, Camilo Torres presidía el Congreso de las Provincias Unidas. Tunja fue una capital de emergencia, como más tarde lo sería de Venezuela, por un momento, Valencia. Torres, estadista genial, se adelantó a todos para descubrir en el casi desconocido Simón Bolívar al Libertador. Como para despedir a la tropa de estudiantes santafereños que marchaban camino de Cúcuta, el 27 de abril daba Torres a Bolívar la autorización para llevar la guerra a Mérida y Trujillo. Allí supieron los muchachos hacia dónde se encaminaban. Y en cuanto al alcance de su misión, bastaba leer el mensaje que en nombre del Congreso dirigía don Camilo a don Simón: "Es tiempo de tomar venganza de esas fieras desencadenadas sobre vosotros, que saquean vuestras casas y asesinan vuestros conciudadanos... Corred a las armas, venezolanos, sacudid esas cadenas, volved al esplendor que habíais adquirido, a la eminente política a que os habíais elevado, y de que un solo accidente de la naturaleza, de que se valieron vuestros opresores os pudo hacer bajar".

Ahí estaba ya caminando el ideal de la Gran Colombia. Los alegres mucha-

chos santafereños, y los bravos soldados de Venezuela fueron fundiéndose en una sola tropa de Cúcuta hasta Caracas. Su coro le sirvió de fondo a las primeras palabras que consagraron la unión de los dos pueblos. La escogencia hecha por Bolívar de los dos jefes que mandarían las dos columnas destinadas a redimir a Venezuela, fue un anticipo de lo que sería la marcha hacia Boyacá con Santander, el granadino, en la vanguardia, y a Anzoátegui, el venezolano, en la retaguardia. En 1813 Atanasio Girardot, comandó la columna de la vanguardia, y José Félix Ribas la retaguardia. Lo que siguió luego, forma el cuaderno de las páginas más deslumbrantes de la historia. La ilusionada juventud se vio empujada a una lucha bárbara en que a los asesinatos colectivos de los españoles, se respondió desde Trujillo con la proclama de la guerra a muerte. Parece de milagro haber llegado el vencedor, al centro de Caracas, en el carro griego de la victoria, bajo lluvia de flores y el estruendo de música marciales.

Bolívar, proclamado Libertador, tuvo la impresión íntima de que los pueblos unidos hacen milagros. En su primera proclama a los caraqueños, dijo: "Vuestra república acaba de renacer, bajo los auspicios de la Nueva Granada. No hemos venido a daros leyes, sino a restablecer las vuestras, extinguidas por la irrupción de los bárbaros". Y el 16 de septiembre escribió a Mariño una carta que puede considerarse como la fe de bautismo, o la anunciación de la Gran Colombia: "Si constituimos dos poderes independien-

tes, uno en Oriente y otro en Occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación de tales y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. ¿Y podremos pretender dividir en dos? Nuestra seguridad y la reputación del gobierno independiente nos impone al contrario el deber de hacer un cuerpo de nación con la Nueva Granada. Este es ahora el voto de los venezolanos y granadinos, y en solicitud de esta unión tan interesante a ambas regiones, los valientes hijos de Nueva Granada han venido a libertar a Venezuela. Si unimos todo en una misma masa de nación al paso que extinguimos el fomento de los disturbios, consolidamos más nuestras fuerzas y facilitamos la mutua cooperación de los pueblos a sostener su causa natural. Divididos, seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y neutrales. La unión bajo un solo gobierno supremo, hará nuestra fuerza y nos hará formidables a todos".

Más patético que la salida de los mozos de Santa Fe fue el cuadro de Caracas, cuando José Félix Ribas recibe la orden de Bolívar fechada en Caramacate ordenándole marchar con cuantos hombres haya en Caracas, con especialidad jóvenes estudiantes sacados del seminario. Dice Juan Vicente González: "Una tarde muy fría del mes de febrero, con lanzas en la mano, pobres niños de veinte años el mayor y de doce años no pocos, desfilaban a la

vista del General Ribas y otros oficiales. Llevaban algunos el sombrero y la chupa clerical; al dejar otros el hábito habían quedado mal traídos y en camisas. Madres lloraban a su alrededor, mientras los desgraciados niños tomaban un aire marcial y aparentaban resolución de valor. Para el 6 de marzo de 1814, de ochenta y seis seminaristas habían quedado seis; en julio, uno solamente”.

No era para tanta pena como la que describe Juan Vicente González. Es cierto que la lucha había adquirido caracteres de una crueldad que nunca antes se conoció, ni en las horas peores de la conquista. Boves, con sus diablos a la jineta desatados, corría por los llanos haciendo retumbar la tierra como cuero seco. Convertía en hogueras las aldeas. Fusilaba en la forma que determinó, por reacción, el decreto tremendo de Trujillo. Los seminaristas del Tridentino iban en busca de la muerte, sí, pero también de la gloria. Y no hay que imaginar ni aún en el seminario una juventud temblorosa y apocada, sino enardecida con la ilusión de la loca aventura. Cuando la juventud caraqueña vino a codearse en la Victoria con la de Santa Fe, ya estaba preparándose en el crisol de la fama el bronce que habría de recordarlos.

Es difícil escoger el nombre para el año de 1814. Unos dicen que es el de la guerra a muerte. Yo me pregunto si no es el de la juventud gloriosa. Pocas veces dos imágenes tan opuestas se han colocado en la balanza con tantos títulos para confusión de quien haya

de pesar el vasto repertorio de los hechos que engendró la lucha por la libertad. Hay que venir a esta ciudad de la victoria, y no de la derrota, para ahondar en esta competencia sangrienta de los títulos. Esta es la comarca que sirvió al enfrentamiento decisivo entre las huestes bárbaras de Boves y la ilusión alada de los adolescentes.

Todo esto no es sino el anuncio de un combate en que van a enfrentarse más soldados que en Boyacá o Carabobo. El 25 de marzo de 1814 se sabrá en definitiva si la suerte está por Bolívar o por Boves. Las aguas del Aragua no corren ahora por el fondo de un valle, sino de un anfiteatro abierto para la representación de una tragedia. El mejor puesto para verlo todo era la punta del valle, abajo, delante de la escuela que se levanta hoy en el pueblo. Allí fijó Bolívar su puesto de comando. Desde el 28 de febrero habían comenzado los encuentros. Boves llevaba el ímpetu de la venganza que no era poco en él con la herida que recibió en La Puerta. Bolívar estaba en la boca del embudo. Si se pierde la batalla, dudo que él hubiera podido escapar a la venganza del jinete de los llanos. En el fondo, diez mil soldados enfrentados contemplaban un combate singular. Quizás aquellos llaneros maduros de los Llanos, aquellos mozos republicanos no se vieron antes, ni se verían después, testigos de un combate semejante.

Boves se sentía más poderoso que nunca. Sus siete mil soldados eran siete mil demonios, diestramente ordenados por sus mágicos poderes. Cubrían las

laderas, y por ellas descendían cerce-  
nándolo todo, como desmesurada he-  
rramienta apocalíptica. Si la sangre que  
ya se había vertido en 25 días de en-  
cuentros hubiera llegado a la vena del  
Aragua, el Aragua correría rojo. ¡Ah  
de las lanzas coloradas! ¡Ah de la gri-  
tería insultante, música bárbara de  
aquellas guerras sin máquinas, últimas  
homéricas de grandes caballerías y de  
infantes que saltaban como tigres y  
caían como la espiga cortada por la  
hoz!

Para agarrarlo todo, solo le faltaba  
a Boves una cosa: el polvorín. El te-  
soro negro de su pólvora, que el Li-  
bertador guardaba en la casa de la  
hacienda. Vista, desde abajo, desde  
donde él seguía el combate, blanca  
como un huevo entre los montes, en-  
cerraba el destino final de ese día que  
sería funesto o de gloria. En esa mis-  
ma casa tuvo encerrado doce años antes  
de su tesoro blanco, su María Teresa,  
aún fresca como los azares de que se  
aromó en España. La casa de San Ma-  
teo era suya. Lo que ofendían los cas-  
cos de las bestias de Boves eran sus  
tierras. La guerra se había movido ha-  
cia lo que más de cerca le pertenecía.  
Ese combate era el suyo. Al corredor  
de San Mateo se había asomado con  
María Teresa a ver alzarse la aurora,  
a ver morir crepúsculos. Con su orgu-  
llo criollo, él la haría acariciar el verde  
tropical de los cañaduzales, y oler a  
distancia la miel que escurre de las  
ruedas del trapiche, que hierva en los  
fondos, que se funde para cuajar en  
panes de azúcar. Verían al frente los  
montes oscuros, y en torno flores y

frutas que ella no conoció en España.  
Cuantas veces, en el mismo corredor,  
mientras María Teresa repasaba es-  
tas lecciones que le daba su descubri-  
dor, él, tendido en la hamaca, soña-  
ría... ¿En qué? El más raudo de los  
cinematógrafos no alcanzará a presen-  
tar así, en un abrir y cerrar de ojos,  
las imágenes que por un instante trai-  
cionarían el duro ejercicio de la batalla  
en la pupila del general republicano.

Todo lo que humanamente se acu-  
mulaba en la visión fulgurante del Li-  
bertador estaba puesto entre el puño  
del guardián del polvorín. La mano  
que apretaba ahora un trozo de leña  
que ardía en la punta como la candela  
de un tabaco, apretaba al mismo tiem-  
po el recuerdo de un ramo de azaha-  
res, y la conquista de unas ramas de  
laurel. El guardián era ese capitán An-  
tonio Ricaurte de la tropa de mucha-  
chos, venida le Santa Fe. También te-  
nía su historia. Había nacido en la pe-  
queña Villa de Leyva, un puñado de  
cuya tierra traigo hoy como emoción a  
S. Mateo, hijo del amor ardiente de dos  
jóvenes bogotanos. Ellos, por haberse  
amado así, recibieron la maldición del  
único marqués, el padre de la novia,  
que tenía entonces en Santa Fe escu-  
do labrado en piedra a la entrada de  
la casa. El marqués negó el derecho a  
nacer en Santa Fe al héroe de San  
Mateo. El marqués hizo infeliz su in-  
fancia, de huérfano, que solo por ca-  
ridad pudo llegar a la escuela. Comien-  
zo este muy humano para formar a uno  
de los más ardientes luchadores por la  
independencia y la libertad. Al pri-  
mer grito contra el mal gobierno que

oyó Ricaurte en la plaza mayor de Santa Fe, respondió como si le estuviera llamando su propio destino. Y fue para él un día de gloria sumarse a la tropa que reunía José Félix Ribas y salir de Santa Fe a su comisión final: la liberación de Venezuela.

El 25 de marzo miraba el Libertador, desde abajo, tenso y dispuesto a precipitarse a la muerte, el avance de mil soldados que iban a la toma del polvorín. En cierto instante algo extraño le sorprendió. De los heridos que había en la casa, y de los sirvientes, fue descendiendo por la ladera, camino del trapiche, la tropa en fuga. ¿Qué diablos pensaba el capitán Ricaurte al desalojar la casa de la hacienda? ¿Iba a caer, él solo, en las garras españolas?

¿Iba a rendirse por el valle, frente a los ejércitos atónitos, el vocerío delirante de los de Boves apoderándose del polvorín? ¿Sería aquel el grito de la loca alegría del gran verdugo que llegó como un tigre de los Llanos?

Ya los mil soldados de Boves cercan la casa de los viejos amores, ya llegan al patio y corredor, y corren hacia el depósito del tesoro negro, cuando lo que se oye y llena el valle todo, y se difunde como una clarinada de victoria, es el estallido del polvorín. ¿Qué

hermosas llamas las que forman el único penacho que coronó de veras al capitán Ricaurte! ¡Qué palabrotas de gloria y triunfo salen de las bocas resacas de los republicanos! ¡Qué blasfemias de ira brotan como sapos y culebras de la boca del herido de La Puerta, del Boves fenomenal!

Hoy se mecen las ramas de los árboles floridos, como en los lejanos tiempos del amoroso idilio. Y en la sala de la casa, donde pudo, hace más de siglo y medio colocarse sobre una consola, bajo una ampolla de cristal, un ramo de azahares, depositamos un cofre con la tierra de una villa, la de Leyva, que no es sino una aldea de los campos de Boyacá. Las palabras, la geografía, toman nueva sentido. Las decimos, y nos recuerdan maravillas como las del 25 de marzo. Entonces, los pueblos se dieron las manos. Las manos que empuñaron la espada, calzaron el fusil, apretaron la lanza, sostuvieron la corona de la novia, aplicaron el fuego a la pólvora, recogieron las ramas de laurel. Por eso decimos, felices, que Villa de Leyva y San Mateo son dos pueblos gemelos, y parecen inmensos, siendo tan diminutos, en la vasta geografía de nuestra historia incomparable.